

ALBERTO CURIEL

LA JAULA ESCONDIDA

Primera edición: 2017

© Alberto Curiel, 2017

© Algaïda Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-755-1

Depósito legal: SE. 181-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PREFACIO	11
PRIMERA PARTE	
La caja	15
Hace diez años	25
El robo	41
SEGUNDA PARTE	
El mensaje del muerto	49
Praga	83
Abril. Parte 1	109
Hospital	123
Trieste	139
Abril. Parte 2	149
Sospecha	165
Abril. Parte 3	177
TERCERA PARTE	
Los papeles	187

CUARTA PARTE

El Salvador de Sevilla	227
Aprobados	263
Cuba	275
Éxtasis	309
Secuestro	327

APUNTES SOBRE LA INVESTIGACIÓN	349
--------------------------------------	-----

QUINTA PARTE

Los monjes	361
------------------	-----

APUNTES FINALES SOBRE LA INVESTIGACIÓN	405
--	-----

EPÍLOGO	419
---------------	-----

A Irene, Carmen y Gonzalo

*Y a todos los que comparten su tiempo
conmigo en la Jaula.*

PREFACIO

ESTE LIBRO RECOGE LA NARRACIÓN DE CUANTO HE descubierto en el último año sobre la historia de mi antigua alumna Laura Pascual Rivas. Completa los papeles que entregué el pasado mes de enero a la policía que investigaba su desaparición. Tengo la seguridad de que los hallazgos finales que aporto no dejarán indiferente a nadie.

RODRIGO CALONGE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

LA CAJA

*Una vez terminado el juego
el rey y el peón vuelven a la misma caja.*

Proverbio italiano

AL PRINCIPIO CREÍ QUE SE TRATABA DE UNA BROMA pesada de alguien que quería recordarme a mi alumna, desaparecida hace diez años durante el viaje de fin de carrera. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que lo que tenía entre manos parecía provenir de la propia chica y un montón de sentimientos casi olvidados salieron de mi conciencia como fósiles aflorados por un terremoto.

Todo empezó con la recepción de un paquete postal en mi despacho de la Universidad en Madrid. Resultaba curioso husmear entre aquellos papeles manuscritos. Había un morbo insano que me ruborizaba, como si estuviera hurgando en el cajón de la ropa interior de la muchacha. Estaba claro: Matasellos de Génova. Remitente: Laura Pascual.

Pero antes de llevar todo aquello a la policía quise hacer una comprobación, así que decidí subirme al coche una mañana de principios de octubre, de las que se cubren

de nubarones y de una claridad lánguida, presagio del aletargamiento otoñal, y conducir hasta Valladolid.

Previamente había preparado la visita telefoneando a mi amigo el doctor Rubén Alonso, profesor de la Facultad de Medicina de Valladolid y colaborador de su Instituto Anatómico Forense, a quien precisamente había conocido en la misma época que a Laura. Había vuelto a verlo hacía unas semanas en Madrid durante la presentación de su nuevo ensayo publicado sobre medicina legal. Se mostró receptivo a mi petición y, aunque me dijo que no podría recibirme porque iba a pasar unas semanas fuera de la ciudad, me aseguró antes de colgar que daría instrucciones a la Secretaría del Instituto anunciándoles mi llegada y pidiéndoles que, de manera informal, me permitieran consultar lo que buscaba.

Entré en Valladolid en medio de una ventolera fortísima que hacía tamborilear los dedos de los plataneros del Paseo de Zorrilla y levantaba tolvaneras en las esquinas de las bocacalles. Pasé ante la universidad donde trabajé, con su cara lavada de piedra blanca y líneas barrocas, y llegué al fin a la Facultad de Medicina.

Algunos alumnos fumaban cobijados bajo el dintel, aspirando cigarrillos que el ventarrón deshacía en ascuas entre sus dedos. Cuando llegué al zaguán sentí el alivio del naufrago en tierra firme y pude esponjarme dentro de mis ropas. Ascendí unas breves escaleras y me interné en el dédalo de pasillos y distribuidores que daban a las aulas.

Llegué así hasta la puerta del Instituto Anatómico Forense donde, parapetada detrás de un escritorio, en-

contré una mujer de unos cuarentaitantos años, pelo rubio teñido y rictus de concentración. Repasaba concienzuda unos legajos que extraía de carpetas para clasificarlos e introducirlos luego en el fondo de una gaveta. Se daba un aire muy intelectual.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —dijo ella mirándome algo nerviosa detrás de sus anteojos—. Disculpe usted un momento.

—Vengo de parte del doctor Rubén Alonso —insistí mostrándole simpatía y contándole una mentira inocente—. Quiero escribir una novela y busco información sobre un expediente que debería estar aquí, de un fallecido al que creo que se le hizo la autopsia. Querría, si es posible, consultar su caso y el doctor...

—Sí, el doctor me dijo que vendría y me pidió que lo ayudara —admitió de mala gana.

—No querría molestarla en su trabajo. Con que me diga si tienen el expediente y quizás en líneas generales sobre qué habla... Me sería de gran utilidad.

—Comprendo —dijo la mujer escrutándome sin relajarse del todo—. ¿Quién es el fallecido?

—Creo que si realmente existió se llamaría Demetrio Díaz.

—¿Hace cuánto fue la autopsia?

—Hace mucho. —Mi mente se remontó a la lejana época de profesor en la Facultad de Ciencias en Valladolid, cuando conocí a Laura.

Rebusqué en el interior de mi abrigo, extraje un papel sobado en el que supuestamente mi alumna había escrito, tal vez hacía una década, el nombre del fa-

llecido y la fecha del óbito y se lo entregué a la funcionaria.

—En el ordenador no estará porque sólo tenemos los expedientes de hace dos años como mucho. Habrá que mirarlo en los archivadores. Lo buscaré pero recuerde que no se lo puedo dejar. Sólo le diré si lo tenemos.

—Aun así se lo agradezco mucho.

Se levantó, estiró pudorosa la falda marrón que llevaba por debajo de la rodilla y desapareció tras una puerta. Yo me quedé allí solo imaginando la sala de autopsias, donde me figuraba que se despezaban los cadáveres con sibilantes sierras radiales.

Me sobresaltaron golpeteos y chirridos. La mujer debía estar abriendo viejos armarios de chapa y descorriendo cajoneras. Permanecí inmóvil pensando que Demetrio no había existido nunca y que aquel documento que tal vez Laura me había enviado no era más que fruto de su fantasía. Había no obstante en él una suerte de autenticidad. Era una especie de diario que, aunque inconexo, parecía tener la clave de una historia real, como si debajo de un sinsentido subyaciera un hilo conductor que no podía inventarse fácilmente. Todo empezaba con la muerte de un hombre y, si aquella muerte era tal y como Laura me la había relatado... ¡Entonces todo lo demás también podía ser cierto! Por eso, en el fondo, durante aquella espera en la antesala del Instituto Anatómico Forense de Valladolid, deseaba que Demetrio no hubiera existido jamás.

Al cabo de unos minutos la mujer volvió a la mesa con una sonrisa y un portafolio bajo el brazo.

—He encontrado lo que busca —dijo con un cierto retintín—. Puedo decirle que hoy hace diez años, seis meses y... —calculó mirando la fecha de un documento que traía en su carpeta— veintitantes días, se hizo aquí la autopsia a un tal Demetrio Díaz.

—Si me deja usted verla sólo un rato, nada, dos minutos, y tomar unas notas.

Con cara de pocos amigos, deseando en su fuero interno que me fuera cuanto antes, me acercó una silla y me señaló con ademán silencioso que podía sentarme junto al pico de su mesa y leer.

Me esforcé en anotar cuanto pude a toda velocidad. El informe, después de mencionar que el sujeto a analizar no tenía familia que se hiciera cargo de su cuerpo y que su último domicilio conocido era el Hospital Psiquiátrico, sito en la calle Doctor Villacián, describía el amasijo de carne y huesos que encontró el forense.

Demetrio medía un metro sesenta y ocho centímetros y los restos que llegaron a la mesa de autopsias pesaban setenta kilos doscientos cincuenta y siete gramos. Era un varón de raza caucásica con cicatrices antiguas en el abdomen de objetos punzantes que no eran la causa de su muerte. ¡Pero había sido cosido a puñaladas años antes de morir! Relataba también las terribles heridas más recientes. Ojeándolo por encima daba la impresión de que había sido prácticamente triturado.

En un anexo añadido una semana después al cuerpo principal del estudio, se indicaban los resultados de los análisis químicos y la conclusión final. Copié lo siguiente:

Se han encontrado en el sujeto estudiado trazas de: Opiáceos, ansiolíticos benzodiacepínicos, hipnóticos, estimulantes, antiinflamatorios y antipiréticos, diuréticos, estrógeno sintético, y antibióticos.

Consideramos que las concentraciones y variedad de sustancias encontradas son explicables desde un punto de vista terapéutico psiquiátrico por los desórdenes mentales que sufría el individuo.

La histología del cadáver muestra un alarmante nivel bajo de leucocitos, menos de cero coma cinco por diez a la menos tres unidades, y de hematíes, por debajo de dos por diez a la menos seis unidades.

Si bien ninguna de las concentraciones de sustancias encontradas es suficientemente tóxica, la comitancia de todas ellas podría haber provocado su muerte. No fue así, no obstante, puesto que las heridas mortales se produjeron con el sujeto vivo. La causa final de la muerte es:

Politraumatismo craneal, torácico y abdominal con multitud de lesiones, incluida la pérdida de masa encefálica, incompatibles con la vida. Se corresponden estas heridas con el aplastamiento del sujeto al ser atropellado por un autobús urbano, según consta en el atestado de la Policía local.

Las expectativas de vida del sujeto eran en cualquier caso muy reducidas, dada su histología.

Venía firmado por cuatro médicos cuyos nombres no pude copiar porque la mujer, que empezaba a arrepentirse de haber hecho caso al doctor Rubén Alonso, se puso

a carraspear indicando que no veía la hora de verme desaparecer. Le devolví los papeles.

—Muchas gracias por su ayuda.

—Déselas al doctor Alonso. Adiós.

Nos despedimos incómodos como si acabáramos de cometer un acto pecaminoso y volví meditabundo sobre mis pasos.

Salí a la ventisca del exterior, caminé hasta mi coche aparcado en la calle Colón y, encerrado dentro recuperé el resuello. El viento zarandeaba a rachas el vehículo como si navegase por los rápidos de un río, y a través del techo solar se veían tupidas nubes desfilando sobre las cornisas de los edificios.

Laura relataba en sus papeles que Demetrio había sido asesinado. En su momento lo consideraron un accidente, pero el atropello según ella no había sido casual. Alguien había empujado al desdichado, que había presentido días antes su propia muerte, bajo las ruedas del autobús. Entonces... ¡La caja podía encerrar un misterio que era cierto! La primera de las comprobaciones había sido positiva. ¡El hombre había vivido y muerto como ella me había informado!

Con ese resquemor interior y con el fin de darme tiempo para aclarar mis próximos pasos, decidí no volver a Madrid sin visitar antes uno de los sitios ligados al fallecido.

Conduje por calles grises y, preguntando a paisanos, fui a dar con la del Doctor Villacián. Bordeé luego el Hospital Psiquiátrico hasta llegar a una vía muerta que era al

tiempo una balconada con vistas a la ciudad desde el promontorio en que se asienta el barrio de Parquesol. A mis pies se extendía la urbe como un manto cubista de aristas rotas, y a mi espalda se alzaban las vallas protegidas por setos frondosos que ocultan la alameda de entrada al manicomio y los jardines que se descuelgan ladera abajo.

Bajé del coche. Unos metros más allá había otro aparcado, casi en el borde del precipicio y al abrigo de miradas indiscretas. Entonces comprendí que me encontraba en el mayor picadero de la zona, la calle perdida en la que las parejas jóvenes desfogan sus cuerpos en los asientos de atrás.

Era un contrapunto bestial: el amor y la locura apenas separados por un escueto sendero. Me pareció notar que el universo y la vida se retorcían irónicamente ante mis ojos, y entonces tuve la certeza de que no podría dejar de investigar hasta descifrar el enigma de la desaparición de Laura Pascual. Supe que se lo debía a esos sentimientos hacia ella que, a pesar de haberlos hundido hacia tanto en la profunda sima de la indiferencia, siempre habían estado ahí dentro y acababan de desenterrarse. Decidí analizar más detalladamente su diario y viajar por donde me indicaba para reconstruir todo lo que pudo haber vivido. Sólo después de hacer eso acudiría a la policía para aportar cuantas pruebas encontrara e impulsar su caso, que probablemente habría caído ya en el olvido para los detectives.

En realidad soñaba con volver a verla...

De regreso al coche creí escuchar el parloteo de los enfermos mentales mezclado con el siseo de las hojas prestas a morir.